Oh! cuán bello es para nosotros, ministros de la Iglesia y depositarios del secreto de la conciencia, ver á esas almas verdaderamente cristianas, sublimes y heróicas, en medio de tantos temores, de tantas penas y angustias, lejos de procurar consolarse en las vanas distracciones del mundo, separarse de ellas cada dia mas; mortificar su carne á medida que sienten mas afligido su espíritu, unirse cada vez mas á Dios en un tiempo en que se creen repulsadas por Dios; y mostrarse tanto mas fieles y generosas para con él, cuanto mas tristes y desconsoladas se encuentran. Ah! esto consiste en que esas almas no desean, sino temen que la fé que tanto aman, pueda hacérseles sospechosa. Ellas no tiemblan sino porque aman. Sus inquietudes y sus temores son actos de amor puro, y el amor de Dios es la felicidad del alma: *Rectis corde lætitia.*

El filósofo profano, ese animal de gloria, ese esclavo venal de los aplausos del vulgo, como lo llama S. Gerónimo: *Gloriæ animal et auræ popularis venale mancipium; (Ad Pammach.)* el inepto racionalista que se aplaude en el secreto de su orgullo de saberlo todo, mientras que nada sabe verdaderamente; el herege rencoroso; todas esas pobres cabezas, esas almas degradadas, estrañas al espíritu y al sentimiento católico, como no saben lo que es creer ni menos lo que es amar, ni aun siquiera comprenden las palabras de este lenguaje y mucho menos el inefable misterio del alma interior que ama tanto mas á Dios, cuanto mas severo se muestra con ella. Ellos no comprenden el prodigio de una fé, que es á un tiempo mismo el tormento y las delicias del alma en que reside, ni el heroismo de un alma que prefiere este estado de penas y de agudos dolores á todo cuanto el mundo puede ofrecerle de mas agradable y seductor. Esto consiste en que la carne no ha comprendido jamas los secretos del espíritu, ni el orgullo las maravillas de la fé: *Animalis homo non percipit ea quæ sunt spiritus Dei; (I. Cor. II.* 14.*)* y así como los hombres entregados á todos los estravíos de las pasiones y dedicados á satisfacer su vientre, no pueden esplicar ni aun comprender cómo puede ser feliz un corazon que sacrifica todas sus inclinaciones á la abnegacion evangélica; del mismo modo los hereges y los incrédulos que han hecho un ídolo de su corazon, no pueden esplicar ni aun comprender cómo puede estar tranquila y alegre una inteligencia que ha renunciado á sus luces y á su juicio para someterlos á la fé.

Mas, que se comprenda ó no este doble prodigio de la fé y de la caridad, nada importa; no por eso es menos cierto ni menos visible entre los verdaderos católicos. Porque en efecto, es muy cierto y muy palpable que entre ellos, las almas verdaderamente puras, lejos de ser desgraciadas por privarse de las culpables delicias de los sentidos, tienen horror á esas delicias, y el sacrificio mismo de su carne las consuela, las entusiasma y las encanta, y forma parte de su felicidad interior; y que del mismo modo las almas verdaderamente fieles, lejos de sufrir por el sacrificio del espíritu de investigacion y de curiosidad indiscreta que la fé condena, ese mismo sacrificio les es agradable, las satisface, las arrebata, y las hace felices para con Dios y para consigo mismas.

25. La felicidad del espíritu consiste en el órden de los pensamientos, lo mismo que la felicidad del corazon en el órden de las afecciones. Pues bien, poner órden en las creencias es obra de la gracia divina, así como es obra de esta misma gracia poner órden en el amor: *Ordinavit in me charitatem.* (*Cantic. II.* 4.) La misma gracia que hace fácil el cumplimiento de los preceptos severos, hace fácil la creencia de los dogmas incomprensibles; la misma gracia que hace ligero el peso de la ley, hace suave y delicioso el yugo de la fé.

Por consiguiente, solo en la enseñanza de la verdadera Iglesia es donde se encuentra la doble felicidad del espíritu y del corazon, la felicidad completa del hombre interior. Unicamente por la enseñanza de la Iglesia se cumple este delicioso oráculo que Dios pronunció por boca de un profeta: "Mi pueblo se sentará en las bellezas de la paz, en los tabernáculos de la confianza y en la riqueza del reposo: *Sedebit populus meus in pulchritudine pacis, in tabernaculis fiduciæ, in requie opulenta.*" *(Is. XXXII.* 18.*)*

Mirad ese tierno infante que acaba de dormirse en el seno de su madre. Oh, cuán sosegada es su respiracion y cuán tranquilo su sueño, porque nada agita su corazon! Oh, cuán feliz es la condicion de la inocencia dormida en el seno del amor! Pues bien, esto no es otra cosa, como dice el Profeta, que la imágen de la tranquilidad del alma católica en las creencias de la fé, de la inmensa confianza con que ella se abandona y descansa en los brazos, en el seno de la Iglesia que le habla de los misterios de Dios, bajo las inspiraciones de Dios y en en nombre de Dios. Ah! esto consiste en que sabe que la Iglesia conoce los secretos de Dios, porque es su esposa, y que no puede engañar al hombre, porque es su madre. Por consiguiente el católico es el que puede repetir con verdad estas deliciosas palabras: *In pace, in idipsun dormiam et requiescam. (Psal. IV.* 9.*)*

Es esvidente, pues, que la verdadera fé está mas en el corazon que en el espíritu, ó mas bien está en el espíritu y en el corazon; en el espíritu, para inclinarlo á creer amando; en el corazon, para obligarlo á amar creyendo; y si el principio de la fé es la gracia, su forma y su alimento es el amor.

Del amor nace la confianza, y de la confianza el reposo y el abandono en el objeto amado. Esta es, pues, la causa porque el católico para quien la fé no es el efecto de un frívolo razonamiento, sino del amor divino, sale gozoso al encuentro de la palabra de Dios que le habla la Iglesia, la recibe con humildad, se somete á ella con placer, la guarda en sí mismo con cuidado, se abandona á ella con una confianza ilimitada, y reposa en su seno con el entendimiento y la voluntad, el espíritu y el corazon, como en un tabernáculo divino de la felicidad, de la confianza y de la paz: *Sedebit populus meus in pulchritudine pacis, in tabernaculis fiduciæ, in requie opulenta.* Oh condicion venturosa, propia del alma católica en sus relaciones con la enseñanza de la Iglesia!

La enseñanza católica es, pues, la *única* enseñanza religiosa, *necesaria, universal y fácil,* como lo vimos el domingo anterior. Mas tambien es, como acabamos de ver, la *única* enseñanza religiosa, *natural, inmutable, incorruptible, completa, fiel,* y la *única* que produce la *certeza,* la *santidad,* el *reposo* y la *alegría* del alma que la recibe y se somete á ella.

Estas cualidades tan admirables no las recibe ni las puede recibir sino de lo alto. El hombre no hace ni ha hecho jamas una cosa parecida. Jamas se ha ensayado ni aun se ha imaginado en el mundo un órden de enseñanza igual á este. Solo Dios es el que ha podido establecer y sostener la enseñanza religiosa con tales condiciones. Luego esta enseñanza no es una invencion humana; los hombres que la hubieran inventado serian dioses; es, pues, un pensamiento divino, una gracia divina y una institucion divina; y en este concepto la razon católica es muy prudente y muy sábia en tomar esta enseñanza por base de sus investigaciones, por guia en su camino y por punto de apoyo de sus progresos; y en no querer caminar sino en compañía de ella bajo sus inspiraciones y bajo su tutela.

Sí, hermanos mios, solo con el auxilio de esta enseñanza, creedlo así, es como puede el hombre, en medio de las tinieblas de este mundo, conocer la verdad, poseer la certeza, evitar el error en materia de Religion, tener una religion clara, precisa, sólida y digna de Dios y de él; en una palabra, la Religion verdadera.

26. Ah! ved ahí la Iglesia depositaria de esta enseñanza, tal como el Evangelio de hoy la figura, de una manera sensible á nuestros ojos!

Jesucristo, sentado en una humilde cabalgadura, y rodeado de sus apóstoles, se encamina á Jerusalen, figura del cielo, porque la palabra Jerusalen significa *la vision de la paz.* Todo el pueblo que toma parte en este viage y en este triunfo esclama á una voz: HOSANNA! palabra que significa: *Os rogamos que nos salveis!* Este pueblo está dividido en dos partes, de las cuales la una precede á Jesucristo y la otra le sigue: *Turbæ quæ præcedebant et quæ sequebantur;* y por lo mismo representa, segun S. Gerónimo, los dos pueblos de los que el uno ha precedido la predicacion del Evangelio, y el otro la ha seguido, pero que los dos han mirado á Jesucristo como Mesías y como Salvador; han confesado respecto á él los mismos dogmas y le han dirigido las mismas alabanzas y las mismas súplicas: *Significant utrumque populum qui ante et qui post Evangelium Domino crediderunt, concordi Jesum confessionis voce laudantes. (In Matth.)*

Todos se han despojado de sus vestiduras, y las han arrojado á los piés de Jesucristo, entapizando el camino que Jesucristo debia recorrer; representando con este hecho á los justos de todos tiempos que se han despojado de sus malos hábitos para ser fieles á Dios, ó de sus bienes para socorrer á los pobres; de sus vidas ó de sus cuerpos, verdaderos vestidos de las almas, para confesar la

verdadera Religion. Todos llevan en sus manos la palma, símbolo de la victoria que han alcanzado sobre el mundo y sobre sí mismos, y la oliva, símbolo de la paz que han obtenido con su victoria. Ah! ved ahí, pues, la Iglesia militante que Jesucristo esclarece con su luz, sostiene con su gracia, anima con su ejemplo, consuela con su uncion, dirige con su doctrina, y conduce con su autoridad á la celestial Jerusalen. Oh, cuán noble, cuán santa y cuán feliz es esta sociedad, que tiene en su seno á los apóstoles y sus sucesores, y en medio de ella á Jesucristo! Oh, cuán puras son sus intenciones, cuán elevados sus sentimientos, cuán bellas sus acciones, cuán perfecta su vida, cuán profunda su paz y cuán sincera su alegría! En ella se hallan mezcladas todas las esperanzas y todos los sacrificios, todos los consuelos y todas las virtudes!

Hermanos mios, el tiempo se pasa, el mundo desaparece, la vida se desvanece, la muerte se acerca y la eternidad nos llama!

Apresurémonos, pues, ahora que tenemos tiempo, á unirnos en espíritu á esta santa sociedad, y á introducirnos en su seno, porque ella sola es la que conoce el camino del cielo; solo con ella es como se puede llegar allá. Si no podemos ser admitidos en el número de los inocentes, podremos encontrar un pequeño lugar en el número de los penitentes. Aprovechémonos de las gracias de estos dias santos para reconciliarnos con nuestro Dios y con Jesucristo por medio de los sacramentos de la Iglesia, para emprender una vida nueva, una vida verdaderamente cristiana, á fin de que encontrándonos á la hora de nuestra muerte en el camino de la salvacion, con la gracia en el corazon, el HOSANNA en los labios, y cantando el himno de la esperanza, vencedores de la tierrra, podamos hacer nuestra entrada triunfal en el cielo! *Así sea.*